

vesía, han bautizado á la cañada con el nombre del "Pedregal." A un lado y otro del camino se hallan elevadas colinas que insensiblemente se trasforman á la derecha en montañas de rocas colosales de pórfido. En ambos lados existen bosques de robles, que impenetrables en otro tiempo, daban seguro asilo á los bandidos que frecuentaban aquellos contornos. En efecto, el Pedregal fué en épocas no muy remotas el teatro de las hazañas del célebre bandido conocido con el nombre del "Molonco" y de otros no menos renombrados malhechores. Los caminantes que atravesaban el Pedregal se veían precisados á hacer antes testamento, y á prepararse para un viaje eterno. Raro era en verdad el día que no asaltaban gavillas en el Pedregal. Tan famoso se había hecho ese punto, como las Ardenas en tiempo de Luis XI, y como los Abruzzos en la época de los Condottieri. Por fortuna han desaparecido ya las bandas que merodeaban en el Pedregal, y hoy se goza de seguridad, gracias á los destacamentos que el Gobierno ha puesto en Milpillas y lugares inmediatos.

Saliendo del Pedregal, se encuentra la hacienda de Milpillas, cuya casa arruinada indica que ha sido víctima del pillage y de la incuria del

tiempo. Las ruinas revelan que el edificio era de importancia, pero hoy solo quedan pocas habitaciones desmanteladas que sirven de albergue á un destacamento de gendarmes.

La aridez del terreno que rodea la citada casa es notable: un piso cubierto de rocas y de pequeña cantidad de tierra vegetal, poco á propósito para sembradíos; unos cerros sin más vegetacion que robles, cuyas hojas coriáceas al moverse con el viento hacen un ruido seco y desapacible: he aquí lo que se presenta á los ojos del viajero, y lo que le causa una impresion desagradable. Los productos del monte deben haber sido el principal elemento de riqueza de esa hacienda.

Medio kilómetro más allá de Milpillas, empieza la mesa de S. Juan, dilatado valle al cual se asciende con dificultad, porque el camino se abre sobre rocas lisas y aglomeradas con irregularidad, lo que hace que los caballos tropiecen, especialmente cuando están herrados.

Cuando empezamos á recorrer la mesa de S. Juan, el sol se ocultaba ya; el crepúsculo al desvanecerse, nos alumbraba de una manera vaga é indecisa. De pronto quedamos sumergidos en la mayor oscuridad pero por fortuna fueron disipadas las tinieblas por la luna que aunque ar-

rojaba débiles rayos, pues la niebla ocultaba su disco nos daba luz suficiente para continuar nuestra marcha.

Serian las ocho de la noche cuando llegamos al fin de la llanura y entramos en la boca de la barranca. Allí nos vimos precisados á desmontar y á conducir nuestros caballos de la brida. Esta precaucion nos fué muy útil, pues sin ella nos hubiéramos visto expuestos á rodar en el abismo. En efecto, el sendero que recorriamos era muy escarpado sus sinuosidades se desplegaban de un modo caprichoso. Se puede imaginar que el camino de la barranca es una serpiente gigantesca cuyos anillos se desenvuelven irregularmente. Esta rara configuracion, nacida de las exigencias del terreno, pues unas veces el camino faldea grandes colinas, y otras tiene que replegarse sobre sí mismo porque tropieza ó con un precipicio insondable ó con un cerro tajado á pico, ha hecho que el tránsito sea muy peligroso. El más leve descuido puede causar la muerte del viajero. No se nos ocultaban los inconvenientes que acompañan al descenso de la barranca, inconvenientes que tomaban mayores proporciones á la hora en que verificábamos ese descenso, guiados por los pálidos fulgores de una luna semioculta por la colina.

Habíamos andado más de media hora, y el cansancio empezaba á apoderarse de nosotros, porque además de bajar una cuesta empinada pisábamos en piedras sueltas que rodaban fácilmente, y nos hacian dar pasos vacilantes, cuando llegamos al rancho de "La Punta del Escalon" donde pernoctamos.

El rancho se compone de un jacal de zacate que sirve de cocina. Nosotros dormimos debajo de un techo de paja sostenido por empalizadas, sin paredes y sin ningun otro abrigo que nos defendiera del viento.

Mientras concilié el sueño, permanecí por algun rato contemplando el cerro del "Fraile" que se destacaba entre las sombras, enfrente de nosotros. El cerro debe su nombre á la semejanza que tiene una de las rocas porfídicas que hay en su cúspide, con un fraile de capucha calada. Los escritores de leyendas sacarian mucho partido de esa circunstancia, pues dándole vuelo á su rica imaginacion, podrian forjar toda una novela, en la que abundaran las historias místicas, los cuentos terríficos y las escenas de ultratumba, en donde figuraran espectros que como el fraile, con la cabeza inclinada sobre su Breviario en actitud devota, vagaran todas las noches en las escabrosidades de la barranca por luengos

años, hasta que hubieran compurgado descuidos cometidos en las salmodias ó crímenes horrendos capaces de erizar el pelo al más descreído. Por fortuna no soy novelista ni poseo dotes para escribir leyendas, porque á ser así, de seguro no hubiera dormido en toda la noche, pues la hubiera pasado á caza de protagonistas y en busca de episodios que embellecieran la novela, y muy probablemente impresionado de una manera terrible con las visiones que yo mismo inventara. Me contenté, por tanto, con admirar las obras de la naturaleza que se complace en anadarnos con su magnificencia.

V.

Al día siguiente nos dirigimos al rancho del Escalon, á donde llegamos cerca de las ocho de la mañana. Allí empezamos á encontrar las víctimas de la catástrofe de S. Cristóbal. Cinco camillas llevadas en hombros de campechinos, conducían á cinco personas; otros tantos heridos eran trasportados al hospital de S. Miguel de Belen de esta ciudad. Tres pertenecían al sexo femenino, eran hermanas; juntas cayeron maltratadas por un mismo techo y juntas quedaron en la horfandad más absoluta, pues el padre y la madre de esas infelices fueron sepultados al mismo tiempo entre los escombros.

La situación que tiene el rancho del Escalon justifica perfectamente su nombre. Se halla en una pequeña rinconada entre dos pendientes; la una que parte de la planicie poco extensa en donde se encuentra el rancho de la Punta, la otra que sale del mismo rancho del Escalon para concluir en la hacienda inmediata del "Colchon". Por manera que el citado rancho con sus verdes cañaverales, con sus numerosas huertas en donde crecen á millares los papayos (melon zapote) ostentando sus frescas copas cargadas de sabroso y aromático fruto, y el precioso árbol cuyo dorado pomo sobrepaja en hermosura al que robó Hércules del jardín de las Hespérides, parece un huerto babilónico construido en una elevada colina, ó para hablar con más exactitud: un canastillo de matizadas flores y de fragantes plantas suspendido en medio del abismo.

En el Escalon encontramos ya las señales del temblor. El suelo estaba hendido en varias grietas paralelas entre sí, cuya dirección era N. E. S. E., habiendo algunas de longitud de treinta metros. En las montañas inmediatas se veían marcadas con toda claridad las huellas que dejaron las peñas al desprenderse de sus alveólos con el sacudimiento.

La cordillera en que se halla situada la hacienda del Escalon abunda en pórvido traquítico. Allí se encuentra una ancha veta de semiópalo con incrustaciones de calcedonia, que tal vez con el tiempo sea un nuevo manantial de industria jalisciense.

Saliendo del Escalon continúa la barranca haciendo espirales caprichosas y causando la admiración del viajero para su fragosidad, y la riqueza de su salvaje vegetación. Por todas partes se ven las *pachyras insignis* y *fastuosa* (clavellina blanca y roja), el palo bobo (*Ipomea mucronoides*), el pitayo (*cereus pitajaya* Jacq.), el palo dulce (*Varennia polystachia* D. C.) de las leguminosas, el ciruelo (*Spoudias myrobalanus* L.) el cedro (*cedrale* L.), la caoba (*Swietenia* L.), el palo mulato (*Schinus*), el Pochote (*Bombax pentandrum*), el palo de hierro (*Mesua ferrea* L.) de las *Gutíferas*, el Sabino (*Taxodium distichum* Richard), de las coníferas, y otros muchos árboles y plantas que fuera largo enumerar.

A proporción que el viajero se interna más en la barranca, mayores motivos encuentra de admiración. La belleza de las flores que tapizan el suelo, la gallardía de las enredaderas que cuelgan de las rocas en preciosos festones y lindas guirnaldas; los pintados pajarillos cuyos can-

tos alegran aquellas poéticas regiones, los árboles seculares que extienden sus verdes ramas sobre las cristalinas aguas del río de Santiago, que serpea magestuosamente en el fondo de la barranca, y los enórmes acantilados que amenazan convertir en menudos fragmentos á los viajeros que se atreven á posar su planta entre aquellos riscos, contribuyen á aumentar la hermosura del cuadro. Allí ante la magnificencia de la naturaleza, se siente el hombre pequeño, se anonada y se cree trasportado á esas mansiones deliciosas que sirvieron de albergue á nuestros primeros padres durante su inocencia, ó bien se figura que arrebatado por el fogoso Pegaso ha sido conducido á la cumbre del Pindo, santificada con la presencia del divino Apolo y de sus nueve hermanas. Allí, en efecto, siente el hombre sobre su frente la llama de la inspiración, y por más infecundo que sea su cerebro, como el mío, germinan en él á millares las ideas, como si hubiera gustado del dulcísimo néctar que mana de la fuente Castalia.

VI.

Eran las diez de la mañana del día 18, cuando llegamos al pie del cerro del "Embarcadero," situado al frente de S. Cristóbal. Apenas ha-

biamos desmontado los Sres. D. Lucio Gutierrez, D. Antonio Martinez Sotomayor y el autor de éstas líneas, quienes formábamos la descubierta de la caravana, cuando de pronto se oyó una fortísima detonacion, cuyo eco, repercutiéndose de una manera espantosa en la barranca, nos llenó de terror. A esa detonacion siguióse un violento sacudimiento de tierra. Las inmensas moles que nos rodeaban, se agitaron de una manera convulsiva sobre sus bases por un momento, y al fin se desprendieron haciendo un ruido formidable. Una granizada de pedruzcos y de peñas de diverso tamaño, cayeron desde la cúspide del cerro, rodando sobre nuestras cabezas.

En aquellos momentos fuimos presa de una angustia indefinible. El peligro era inminente, porque nos hallábamos entre Scila y Caribdis: estábamos al pie de una montaña tajada á pico, de la cual se desprendian peñascos como impelidos por la mano de un gigante, sin tener siquiera el recurso de huir, porque el camino, en el punto en que nos hallábamos, no tiene más que una anchura de cuatro metros limitada hácia el Sur por la montaña, y hácia el Norte por el rio de Santiago. No habia remedio: ó teniamos que perecer aplastados, ó las ondas del rio acabarían con nuestra existencia.

En efecto, el rio es caudaloso, y á mayor abundamiento, muy pocos compañeros sabian nadar. Tampoco podiamos retroceder, porque el camino que habiamos dejado tenia siete derumbaderos de peñas que cortaban nuestra retirada, y tuvimos por tanto, que resignarnos á nuestra suerte. Por fortuna, el temblor fué muy rápido, duró apenas dos segundos, á cuya circunstancia debimos quizá no ser heridos por las piedras. Pero apenas habia terminado el primer temblor, cuando escuchóse de nuevo la detonacion con la misma intensidad. Sacudióse otra vez la tierra, volvieron á rodar las peñas, y por otros dos segundos que duró el temblor nos vimos expuestos á grandes peligros. Temiendo que repitieran los sacudimientos, y que al fin cayera sobre nosotros alguna roca, deseabamos pasar cuanto antes á la otra ribera del rio. La canoa que sirve para hacer la travesía se encontraba á la sazón á la márgen derecha del rio, en la playa correspondiente á S. Cristóbal. Llamábamos á gritos á los barqueros, y por más actividad que desplegaron, no pudieron llegar á nosotros sino cuando el peligro habia pasado. ¡Con tanta rapidez se verificaron los terremotos!

Cuando llegó la canoa la tomamos por asalto.

Todos queríamos entrar á un mismo tiempo, y fué aquel un momento de desórden. Tanto así puede el instinto de conservacion!

Al pisar la playa opuesta al cerro del *Embarcadero*, otros dos sacudimientos de tierra tuvieron lugar, enteramente iguales á los anteriores, en duracion y fuerza. Fuera del peligro pudimos observar con tranquilidad cómo se desprendían las peñas, y cómo arrastraban tras sí todos los objetos que encontraban á su paso, cual poderosos aludes que así destruyen la choza del campesino de los Alpes, como las elevadas crestas adonde solo trepan las gamuzas.

VII.

Apenas habíamos dado unos cuantos pasos por el pueblo, cuando tropezamos ya con los extragos del terremoto. ¡Por todas partes había escombros! ¡Adonde quiera que dirigíamos nuestras miradas encontrábamos ruinas! S. Cristóbal estaba formado por 16 manzanas de casas, aproximadamente; pues bien, todas estas habían desaparecido. Solamente tres edificios permanecían en pie (bastante averiados); pero ¡ay! muy pronto debían venir á tierra! La iglesia también cayó en su mayor parte: quedaban las paredes y la mitad del campanario en muy las-

timos estado. Algunas de sus bóvedas existían aún; pero tan agrietadas, que pudimos suponer con fundamento que no resistirían por mucho tiempo á los vaivenes de l suelo. Así ha sucedido, en efecto, pues últimamente se han derrumbado.

En presencia de esas ruinas no solo me era imposible comunicar á mis amigos lo que por mí pasaba, pero ni siquiera podía darme cuenta de mis propias sensaciones. Abrumado por el dolor, con la cabeza inclinada sobre el pecho y en pie, permanecí por largo rato contemplando la destruccion de S. Cristóbal.

¡Cuántas veces en medio de la mayor angustia me creí trasportado á los momentos terribles de la catástrofe, y me pareció escuchar el pavoroso estruendo subterráneo que precedió al terremoto! ¡Cómo creía entonces que el terreno se movía, que los edificios sacudidos con fuerza se desmoronaban y caían cual frágil caña que se dobla y rompe cuando sopla furioso el huracán! Arrebatado por mi loca fantasía, me pareció que era testigo ocular de las desgarradoras escenas que tuvieron lugar en aquella infausta noche: aquí oía los quejidos lastimeros de las víctimas; allí el llanto conmovedor del huérfano que preguntaba á gritos por su padre. Allí la

terna doncella desecha en lágrimas se despide amargamente de la amorosa madre que le arrebató la suerte impía; un esposo busca á su esposa, corre desolado de un lado á otro, examina un escombros, registra en otro, interroga á todos los que encuentra por el objeto de su amor. Más adelante una infeliz madre arroja lastimeros ayes, y estrecha convulsiva entre sus brazos al tierno retoño, fruto de sus amores, que hace pocos momentos jugueteaba y sonreía con ella, y que ahora permanece inmóvil sin contestar á sus caricias; semejante á una bella flor que agostada por el cierzo inclina su corola pálida y mustia, así también el niño ostenta la blancura mármorea del cadáver, porque la muerte cruel le arrebató sus frescos colores.

En vano la triste madre quiere reanimar el calor de su hijo y volverlo á la vida con sus ardientes ósculos.....

Los habitantes de S. Cristóbal, temblando y llenos de emoción, nos referían los terribles sucesos que causaron la ruina de su pueblo, y que llenaron de luto á muchas familias. El hombre menos sentimental se conmueve al escucharlas. Si tuviera tiempo suficiente, si no de-

seara que estos artículos no se prolongaran demasiado, narraría con gusto los episodios que con motivo del temblor tuvieron lugar en S. Cristóbal. Pero supuesto que esto no es posible, me contentaré con citar algunos aunque brevemente.

D^a Josefa Trillo, viuda de D. Refugio Vazquez, que fué Gobernador de Zacatecas, vivió por algun tiempo en Guadalajara, y el mismo día que sucedió el desastre salió de esta capital para S. Cristóbal, con objeto de atender á un rancho inmediato á dicho pueblo que era de su propiedad. Una familia amiga de la desdichada señora, que reside en el rancho del Escalon, quiso detenerla por aquella noche; pero la Sra. Trillo no accedió á sus deseos y continuó su camino. Era de noche cuando llegó al frente de S. Cristóbal, los barqueros habían concluido sus faenas y se rehusaron de pronto á embarcar á la Sra. Trillo; pero ésta pidió con instancia ser embarcada, y como tenía relaciones de amistad con los barqueros, logró al fin que la condujeran en su canoa al otro lado del río. No bien llegó la Sra. Trillo á la casa de D^a Rosa Navarro, en la que se hospedó, cuando conmoviéndose la tierra se desplomó la casa y quedó sepultada bajo su techo. ¡El ángel de la muerte fué sin duda quien ins-